

# *Culturilla de taberna*

*Pseudónimo: Amor vincit omnia*

*“... tomamos de la cintura a la vida  
y pateamos de soslayo a la muerte”  
Alejandra Pizarnik*

Escuché aquella frase en una conversación ajena, mientras me tomaba una cerveza con la que compensar el calor de finales de julio. Era una de esas frases que se sueltan en los bares y cafeterías, unas palabras cuyo significado se remecía en ese terreno difuso, mestizo entre la hondura filosófica y el saber popular. Una frase comprensible por todos y con la que no podía estar más de acuerdo: si eres bueno en algo, no lo hagas gratis.

Me llevé aquellas palabras al trabajo, más de diez horas al día tramitando albaranes, facturas, listados de proveedores y pedidos de clientes para hacer prosperar la hacienda de mi jefe. Del usurero de mi jefe. Me las llevé labradas, esculpidas en las revueltas del cerebro, consciente de su valor, del impulso que proporcionarían a mi vida si las apreciara, si las persiguiera, si fuera capaz de engarzarlas en la cotidianidad de mi vida. Es difícil calibrar el conocimiento que se adquiere mientras te acodas en las barras de los bares, pero esa culturilla de taberna - así la llamaba yo - resultaba a veces imprescindible para bracear en el lamedal, en el charco proceloso y competitivo de la vida, del trabajo, de las relaciones sociales. Esa culturilla de taberna levantaba, a menudo, sólidos puntales con los que pergeñar negocios, cerrar tratos, anudar amistades y sortear trabas. Culturilla de taberna. Si eres bueno en algo, no lo hagas gratis.

Yo era un contable mediocre, uno más entre las decenas de miles de contables que boqueaban entre ese ámbito cenagoso, mudable, anfibio

del mercado laboral y las listas de parados. Cincuenta y cuatro años cumplidos en abril. Veintinueve trabajando con números y operaciones aritméticas. No se me daba mal el cálculo y me apañaba con la informática. Me defendía en geometría, en las relaciones con la temida Agencia Tributaria – pago de impuestos, notificaciones, presentación de declaraciones, fraccionamiento de deudas -, y en la articulación de subterfugios para no dejar cabos sueltos con el fisco. Pero solo era un contable más al que explotaban por novecientos noventa y siete euros netos, es decir, novecientos noventa y siete euros de los de llevar a casa.

Mis padres nacieron en San Esteban de Gormaz. Y allí vivieron de unas viñas de cepas viejas que cuidaron durante décadas, entre el rumor del agua del Duero y el frío tacto del cierzo en los chopos de la ribera, en la zarzamora, en los sarmientos de sus vides. En San Esteban se elaboraba un vino ligeramente ácido que se tomaba fresquito durante aquellos estíos castellanos. Por algún sitio debe de estar una fotografía en blanco y negro de los dos, aparentaban ser muy jóvenes, quizá fuera un retrato hecho al poco tiempo de prometerse, sí, estaban sonrientes, sentados en la escalinata de acceso a la galería de la iglesia de San Miguel, la galería porticada más antigua del románico en España. Me marché de la casa de mis padres con apenas veinte años y ya jamás encontré tiempo para regresar al solar donde residía el recuerdo, la memoria de mis ancestros, el origen de la sangre que yo aún albergaba en las arterias de este cuerpo mío.

El tiempo y la vida resultaban en mi caso dos conceptos incompatibles. Carecía de tiempo suficiente para vivir, para atender a mis hijos, para interesarme por los asuntos de mi esposa Elena, para encontrar una maldita hora con la que relajarme, con la que pasear, con la que ver una película en el cine, en la televisión, con la que echarme la olvidada siesta de los domingos. La siesta de los domingos.

En mis escasos ratos libres me gustaba jugar. Era un entretenimiento solitario consistente en resumir en una sola palabra, por ejemplo, el argumento de una película, o de una novela, o de un documental, o de un suceso histórico, siempre que hubiera encontrado tiempo para realizar tales actividades, leer, acudir al cine, hojear un libro de historia o un condenado periódico.

Una sola palabra para trazar un concepto. Me convertí en un obseso de esos concursos de televisión donde se lanzaban definiciones que el jugador debía traducir en palabras precisas, mientras los segundos pasaban, inexorables, hasta completar un círculo formado por las letras del alfabeto. Me las sabía todas, siempre acertaba aquel rosco de palabras, y las gritaba antes de que el presentador terminara de definir las, y me enardecía, y me encanallaba, y azuzaba a los concursantes, vamos estúpido, no sé quién diablos te habrá escogido para hacernos perder el tiempo.

Solía, además, acudir a las exposiciones de arte para aprender las nociones de la abstracción geométrica y los principios del expresionismo abstracto. Me divertía sugerir esa sensación inasible con que el autor de la obra quería sorprender, iluminar, seducir a los mortales. Algunos de los artistas no eran más que impostores que sabían medrar en aquella jungla sobornando a los críticos de arte sensibles al tacto crujiente de los billetes verdes, y amarillos, y de color púrpura. Fui un visitante asiduo de los museos de arte contemporáneo y también de los más clásicos, me daba igual que las obras fueran de Kandinsky, o de Agustín Ibarrola, o de Van Gogh, o de Yáñez de la Almedina, o de Zurbarán. Me sentía poderoso, capaz de desbastar, cuartear, deshuesar el lienzo, o la escultura, o el grabado, o la fotografía hasta llegar a ese mágico conjunto de sílabas, ese prodigio de letras encadenadas que no podía jamás sobrepasar el límite. Una palabra. Solo una palabra.

Hasta que aquella afición mía comenzó a reportarme beneficios. Primero fue la inauguración de un supermercado de barrio especializado en la venta de carnes, chacinas, pescados de lonja, frutas de temporada y congelados. Querían una palabra que resumiese la proximidad, la confianza del negocio con sus clientes, esa palabra que resumiera la cercanía del espíritu comercial con el familiar. Y encontré una, “confidencia”, les gustó, crearon con ella una frase “El mercado de las confidencias”, empapelaron de carteles toda la ciudad y me abonaron unos honorarios desmesurados que mi modesta economía no tardó en absorber para desarraigar aquellas deudas que la agobiaban.

Comencé a trabajar con algunas empresas de capital modesto que intentaban – a veces solo aparentaban - reinventarse, dar un giro en su manera de trabajar, de relacionarse con un mundo exterior que parecía obviarles, resurgir de sus condenadas cenizas. Y me fue bien. Creé eslóganes que dieron visibilidad a aquellos afanes y mi popularidad se diseminó como una mancha de lubricante para coches, lenta, inexorablemente.

El dinero, un bien siempre escaso, comenzó a ser un problema. Era dinero negro, sin papeles que justificaran su origen, billetes grandes, de esos de color púrpura que jamás había visto antes, que dejaron de ser una ensoñación para hacerse tangibles, olorosos, crepitantes. Que dejaron la evanescencia de los sueños para palpar por entre el ansia de mis dedos, de mis ojos insomnes rameados en escarlata, por sobre esa conciencia mía que ya comenzaba a desvariar.

Me vine arriba y renegué de mis ataduras familiares. Abandoné a Elena, abandoné a mis hijos y me encaramé a las tablas entonces insumergibles de la vanidad. Mi popularidad ascendió peldaños angostos, de esos que debes subir con los brazos en escuadra, dando empellones, arrojando a la competencia por el hueco de la escalera,

pero que, una vez ocupada la azotea del éxito, te mantienen arriba, desde donde contemplas las disputas fratricidas, desleales que asolan los escalones inferiores.

Cambié de país, también de continente. Aprendí a matacaballo el idioma de los anglosajones, por las noches, como parroquiano de ese tipo de locales donde se bebe bourbon templado de un solo trago, en vasos de cristal diminutos, uno, y otro, y otro más, hasta hacer claudicar las coyunturas. Aprender los rudimentos de un idioma ajeno. Culturilla de taberna, de nuevo.

Encontré alojamiento en la planta setenta y dos de un rascacielos emblemático en el perfil de Nueva York, el 432 Park Avenue de Manhattan, muy cerca de Central Park. Unas vistas magníficas, me dijo el agente inmobiliario al mostrarme el perfil de unas nubes blanquinosas muy cercanas a los ventanales curtidos en acero y cristal que iluminarían a partir de entonces mi vivienda y mi despacho.

Trabajé como nunca. Una multinacional del automóvil me contrató para que encontrara la palabra que se tatuaría a la carrocería de su nuevo deportivo, la conjunción perfecta entre la suavidad de conducción y su apariencia sutil, casi etérea, como de mineral translúcido, desbastado. El modelo, gracias a mis afanes, se distribuyó en todo el mundo con el nombre de "Alabastro". Y mi recompensa, algunos cientos de miles de dólares garabateados en un cheque nominal, pasó enseguida a engrosar mi cartera de valores en la bosa neoyorquina.

Yo era un mercenario disponible solo para el mejor postor. Lo tenía todo, bienes inmobiliarios, liquidez sin valladares e inversiones en sectores estratégicos. Algunas mujeres de pasado turbio venían a mí como las moscas con reflejos de turquesa acuden a la melaza que se derrama desde un lebrillo quebrado. Luego, por las noches, me quedaba solo. No deseaba confiar en nadie. Durante mi época de

contable había aprendido a reconocer a esos halagadores que se arrimaban al usurero de mi jefe con el ánimo de rascar algún beneficio, sí, siempre reconocería a ese meloso tropel de amistades - amistades de fortuna -, que te agasaja cuando las cosas van bien y que te sepultan cuando tropiezas y caes a los infiernos.

Aquella tarde me preparé una ginebra con tónica, hielo, cardamomo y corteza de lima. Mientras la cantata 140 de Bach se esparcía por cada uno de los lujosos rincones de mi apartamento, diseminé la mirada por aquel cielo de color cinabrio que el sol abandonaba durante el crepúsculo. Luego cerré los párpados. Fue entonces cuando lo sentí. Aquel dolor en el pecho se me antojó insoportable, era un dolor que serpeaba por mi brazo izquierdo, por los hombros, por mi espalda. Un dolor que se alojó en mis quijadas, que me impedía respirar. La copa se estrelló contra el mármol pulido del suelo con un estrépito limpio, esquirlas de cristal tamizando esa luz artificial que surgía de los focos halógenos disimulados tras los estucos del techo. Aquella tarde supe que sería la última.

.....

Una vez escuché en la barra de una cafetería que el tiempo de respuesta ante un ataque cardiaco es fundamental para salir airoso del mismo. Culturilla de taberna que ahora no puedo poner en práctica. Tengo el móvil en la consola del recibidor, a más de treinta metros del salón donde ahora me estremezco, donde ahora yazgo por entre esa soledad que siempre he agradecido. Es lo que tienen estos apartamentos de trescientos metros cuadrados situados muy cerca de Central Park, demasiadas habitaciones y largas distancias entre ellas. En el cuchitril donde vivía con Elena y los chicos, enseguida hubieran llamado al 112. Enseguida hubiera acudido una UVI móvil pertrechada con aparatajes y profesionales avezados en el arte de estabilizar a los moribundos. Pero aquí, en la planta setenta y dos de este rascacielos

emblemático en el perfil de Manhattan, sobre la soledad de este suelo de mármol pulido salpicado de esquirlas de cristal, ginebra, tónica, cardamomo y corteza de lima, no puedo sino resumir el final de mi vida con una palabra sencilla, de fácil comprensión, sí, infarto, cualquiera puede pensarla, temerla, susurrarla. Los que encuentren mi cadáver la pronunciarán con un encogimiento de hombros, con un asentimiento de resignación, tal vez con desidia, una víctima más entre las decenas que fallecen por esta causa, cada noche, en una ciudad como Nueva York.

Es extraño, pero ahora, en los umbrales de mi muerte, recuerdo aquella vieja fotografía en blanco y negro de mis padres sentados en la escalinata que sube hasta la galería porticada de San Miguel, y entre las sombras que velan mi conciencia, me veo a mí mismo caminando por las riberas del Duero mientras escucho el rumor del agua y siento el tacto del cierzo en mi rostro, en las ramas de los chopos y también en los sarmientos de las viñas de cepas viejas que malvendí cuando ellos fallecieron. Sí, quizá tendría que haber retornado a San Esteban de Gormaz, al solar de mis ancestros, al origen de ese manantial de sangre que, a duras penas, aún pugna por alimentar mi cuerpo.

Pero antes de que las tinieblas últimas de la muerte se acomoden en mis pupilas ingravidas, mi conciencia se afana por pergeñar esa otra palabra que resumiría mi existencia. Intento que no lo haga, lucho por impedirselo, pero todo es en vano. Ella parece autónoma, dotada de una voluntad que no logro controlar, no lo hagas, no importa, ya no importa nada. Mi conciencia trabaja para lo que la he entrenado, hace lo que durante décadas no ha cesado de hacer, busca, se cierne sobre mi cuerpo, sobre el dolor que atenaza mi pecho, y piensa, y cavila, y dilucida, y descubre ese concepto que al principio solo logra condensar en una palabra, pero que enseguida la transforma en dos, sin que yo pueda hacer ninguna maldita cosa por evitarlo. Imbécil. Pobre imbécil.